

tes, ó parecerá por lo ménos que lo son. Conservando hácia vos un verdadero afecto, no buscarán ocasiones de probarosle; deseando vuestra dicha, no harán nada para contribuir á ella.

Esto, Anatolio, no debe turbaros ni sorprenderos. Gozad del reconocimiento que os profesen los corazones generosos, y no os inquieteis por los que no lo sean.

CAPITULO XV.

EL MAESTRO, EN SUS RELACIONES DE FAMILIA.

—

«La vida privada, ha dicho un gran orador, debe permanecer oculta.» Esta máxima, admirablemente verdadera, no es aplicable por completo al maestro público, que así pertenece al país por su vida íntima como por el ejercicio de sus funciones. En efecto, el país tiene derecho á exigir que el manantial de donde fluyen para los niños las lecciones y los ejemplos, permanezca puro constantemente.

La casa del maestro debe ser como una segunda escuela que esparza por todo el pueblo, bajo la forma del ejemplo, lo que en la otra escuela no se enseña á los niños sino con el carácter de lecciones.

Anatolio! si la divina Providencia os ha conservado parientes ancianos á quienes podais devolver una parte de lo que por vos han hecho en vuestra infancia, estoy cierto de su dicha. Gracias á vuestros cuidados, no turbará nube alguna el ocaso de su existencia. El ejemplo que debeis á todos los niños os hará más sagrada esta obligacion, que la misma naturaleza nos impone y el corazón acepta con alegría.

Todo el pueblo admirará, y aun me atrevo á expresarme así, estudiará en vuestra casa la union conyugal, los exquisitos cuidados, las previsiones mútuas, y, segun el

estado de vuestra fortuna, el ahorro sabiamente administrado ó la pobreza noblemente vencida.

Que no se vaya nunca á visitar al maestro en su modesta casa, sin que sea motivo de edificacion el contemplar su tranquila dicha, que jamás se salga de ella sin sentirse mejor.

Así es como se mostrará digno de educar á la juventud.

Mas no es posible que lo llegue á conseguir sólo por sus fuerzas; es preciso que se le comprenda y sea secundado: la eleccion de una compañera es para él de la más alta importancia.

No hay duda en que las ventajas materiales y las gracias exteriores serán para los ojos del maestro de algun valor; pero lo que debe buscar ántes que nada es esa sabiburía de costumbres que asegura el reposo de la vida, esa amenidad de carácter que constituye su encanto. Es preciso que su compañera, tan razonable y dócil como amante, acepte con placer cuanto hay de excepcional en la posicion de su esposo. Sin la consideracion pública nada puede; y no gozará de esta consideracion en tanto que las personas de quienes se halle rodeado no la merezcan como él.

Que las ocupaciones de maestro, por multiplicadas que sean, no roben nada á sus deberes de esposo y padre. Que á fuerza de cuidados, de ejemplos de valor moral, de dulces previsiones, haga dignos á su mujer y á sus hijos de cooperar á su más noble tarea, la de propagar los buenos hábitos morales.

Que jamás su familia tome parte en las divisiones, chismes ni querellas del lugar; que nunca partan de su pacífica morada los tiros emponzoñados que van á herir la reputacion de otro; que se haga un crimen de la más ligera murmuracion. Pero que aquel á quien se ataque injustamente encuentre sus defensores en el maestro y su familia; que no en vano busque en esta su consuelo el dolor, y que la inexperiencia encuentre consejos útiles. Así los

miembros de esta dichosa familia amarán los vínculos que los unen; así no se dejarán arrastrar sino muy difícilmente á ninguna de esas reuniones en que preside el placer, pero sabrán salir de ella sin vacilacion cuando se trate de visitar á los afligidos y á los enfermos.

Mas por estrechos que sean aquellos vínculos, es preciso distinguir y separar muy bien la casa de la escuela. Cuando el maestro se halle en clase, se ha de guardar muy bien de creer que está en su casa, y nunca debe consentir que los individuos de la familia se mezclen ó interviengan en los asuntos de la enseñanza.

Si el maestro tiene hijos, le diria yo: « De entre todos los niños que hay en el pueblo, ellos deben ser los mejor educados y los mas instruidos. ¿Cómo ha de creerse que atendeis cuidadosamente á los hijos de los demas, si descuidais los vuestros? »

Su educacion, sin embargo, puede ofreceros dificultades. La costumbre que tienen de vivir en vuestra compañía quitará á vuestra autoridad una parte de su prestigio; la indulgencia del padre debilitará algunas veces las exigencias del maestro; las súplicas de una madre, siempre muy tierna, encontrarán un auxiliar poderosísimo en el secreto deseo que tendreis de no continuar en vuestra familia y en las horas consagradas al descanso los combates que asiduamente sosteneis en la clase.

Si conoceis que todos estos motivos oponen grande obstáculo á la buena educacion de vuestros hijos, llegaria á ser conveniente que os separárais de ellos. Podriais hacer con alguno de vuestros compañeros una especie de cambio: vos os encargariais de uno de sus hijos, y él se llevaria á su casa al vuestro. Así tendríais entre las manos una especie de rehenes, que os responderian de sus cuidados. Así tambien quedaria asegurada la buena educacion de vuestro hijo, sin necesidad de que os gravárais con ningun desembolso.

Os indico este medio para aquellas ocasiones en que sea

necesario y practicable. Si semejante separacion momentánea os fuera muy penosa, ó si por otro cualquier motivo dejára de seros conveniente, conservad vuestro hijo en vuestra escuela, pero multiplicad los cuidados y las precauciones para educarle bien.

No le preguntéis jamás sobre lo que pasa, ya en la escuela, ya fuera de la escuela; y aun negáos á oír las inocentes confidencias que estará dispuesto á haceros. Jamás digáis en su presencia cosa alguna de las que á la clase sean concernientes. No consintais tampoco que revele á ninguno de sus condiscípulos lo que suceda en el interior de vuestra casa. Velad atentamente sobre sus relaciones. Sed para él, en público, mas severo y mas exigente que para ningun otro. En sus pequeñas cuestiones con los demás niños, tened algunas veces el valor de reprenderle, aunque parezca tener razon. La afectuosa bondad del padre le indemnizará del rigor obligado del maestro.

Gracias á semejantes precauciones, vuestros hijos, sábía y reclamente educados, podrán llegar á ser (é importa que lo sean) los modelos de la juventud.

Celoso en velar sobre vuestra familia, velad tambien asiduamente sobre vos mismo. Dedicad al estudio algunos instantes al dia; sin dispensaros jamás bajo ningun concepto de semejante práctica. ¡Anatolio! el tiempo nos hace una guerra incesante, robándonos insensiblemente una parte de lo que hemos adquirido. Al trabajo es á quien toca prevenir el efecto de semejantes pérdidas. No para adquirir, sólo para conservar, vuestras facultades intelectuales, así como vuestra instruccion, declinarian con rapidez si no diese la lectura diariamente algun nuevo alimento á vuestra alma. Estudiar un poco cada dia, es el único medio, no de avanzar solamente en la carrera, sino de no retroceder.

Basta con que dediquéis á este estudio diario una media hora; cuyo ejercicio, al mismo tiempo, ejercerá una influencia saludable sobre vuestro perfeccionamiento moral.

¡Admirable poder del estudio! suministrándonos instrucción, contribuye á hacernos mejores.

CAPÍTULO XVI.

INFLUENCIA DEL MAESTRO—USO QUE DE ELLA DEBE HACER.

Los hombres cuyos hijos educaréis, y con quienes estais destinados á vivir, pertenecen, por regla general, á la parte laboriosa del Estado. Sereis considerados por ellos próximamente como su igual; pues aun cuando algunos os superarán en bienes de fortuna, vos los superareis por vuestros conocimientos, y lo que pudiereis tener sobre los otros, bajo cualquier título que sea, quedará necesariamente compensado por la dependencia en que os constituye vuestro cargo. Si el pueblo en que ejerzais vuestra profesion es de poco vecindario, y se os confiere la secretaría de ayuntamiento y la sacristía de la parroquia, sereis para los habitantes de aquel el vínculo que los unirá á estos tres grandes poderes: el Estado, la Iglesia, la ciencia.

Semejante posicion os grangeará respecto de ellos un prestigio considerable; y si sabeis igualmente elevar vuestro carácter á la altura de los deberes que se os han encomendado, y plegarle segun requieran las exigencias de vuestra posicion, os será bien fácil obtener su benevolencia y su cariño; y os concederán, casi sin pensarlo, una conlianza que rebusan la mayor de las veces á otros hombres cuyo estado social ó mucha instruccion los hace muy superiores. Con estos se mantienen reservados, pareciéndoles que sus intereses, si no son hostiles á los suyos, son por lo menos muy distintos. Pero saben muy bien, respecto á vos, que sus intereses son los vuestros; y la superioridad de vuestras luces, que ellos mismos se complacen en reconocer, les dispone á dejarse dirigir por vuestros consejos.

Estos, las conversaciones que con ellos sostengais y los ejemplos que les suministreis, ejercerán sobre todos un verdadero ascendiente. Que este ascendiente no os enorgullezca nunca, ni menos hagais alarde de él; por el contrario, dad á entender que ignorais habérosle ganado; pero empleadle discretamente para el triunfo de toda buena idea, de todo noble sentimiento.

Tratad sobre todo de generalizar el gusto de las buenas lecturas. ¿Por qué, gracias á vuestros esfuerzos, no habia de ser posible el ir formando poco á poco una pequeña biblioteca, cuyos libros, yendo alternativamente de familia en familia, harian deliciosísimas aquellas horas que en los dias festivos se dedican al ocio? Ya leeria el mismo padre en alta voz; ya querria que uno de sus hijos, tomando el libro á su vez, diera una prueba de lo que en sus lecciones habia adelantado. Todos los miembros de la familia, miéntras tanto, escucharian con la atencion más profunda. El padre, al mismo tiempo que adquiriria conocimientos, gozaria con la inocente admiracion de sus hijos y contestaria á las preguntas llenas de curiosidad que se le dirigieran; transcurriendo así las horas con la mayor dulzura y rapidez. Encantado de emplear así sus dias de descanso, se propondria gustoso no perderlos en la impura atmósfera de las tabernas, en medio de groseros placeres de disputas y de blasfemias.

¿Por qué, debo añadir de paso, no habia tambien de ser objeto de vuestros cuidados la pureza del lenguaje? ¿Creeis que no es asunto verdaderamente moral el dar á la expresion del pensamiento aquel aire noble y puro que contribuye sin duda alguna á la dignidad del hombre? Es preciso que, por la influencia de los maestros, vaya insensiblemente desapareciendo esa odiosa jerga á que los habitantes del campo, y aun los de los arrabales de las mismas ciudades, se muestran tan obstinadamente aficionados. Por un capricho inexplicable, estos hombres, que entienden con perfeccion la lengua patria, y que la saben em-

plear con las personas instruidas, se complacen en hablar un idioma totalmente diverso cuando tratan entresí. Úsase yá esta jerga en las mismas salidas de las ciudades; toma un carácter más salvaje cuanto más en los campos se penetra, y llega á ser ininteligible en los pueblos que disfrutaban escasa comunicacion. Y no es esta otra lengua, es la misma que hablamos nosotros; pero tan desfigurada en sus articulaciones, tan alterada en el sonido de sus vocales, que casi no se entiende (1). En cuanto á vos, Anatolio, dad á entender que no comprendéis lo que se os dijo con semejante modo de expresarse; y así se verán obligados á renunciar, á lo ménos hablando con vos, tan bárbaro lenguaje (2).

Instruíos cuidadosamente sobre horticultura y jardinería en la Escuela normal, y propagad en cuanto posible os sea la práctica de estas artes tan útiles como encantadoras. Imposible parece! Semejantes medios de produccion, se ignoran completamente ó no se aplican en los pueblos que están lejanos de las ciudades. Los árboles frutales son muy raros y se ingertan con poca inteligencia, ó sin inteligencia alguna, y son desconocidas muchas hortalizas ó se conocen sólo de nombre. La vida material está privada de mil goces, que parece sin embargo debieran ser propios muy particularmente de las campiñas. El maestro que sepa procurárselas á su pueblo, será su bienhechor. ¿Por qué no habeis de aspirar á semejante gloria? Así el país en que habiteis os será mucho más querido, y vos mismo seréis más estimado por el país. Los árboles que, bajo

(1) En España, por fortuna, no llega el idioma á tal extremo de corrupcion en las aldeas; y aun casi puede decirse, que en los arrabales de las grandes poblaciones y en los pueblos cercanos á esta, es donde se nota más defecto tan censurable. Los maestros que se ocupen en combatirle, donde quiera que exista, y en combatir sobre todo el uso de estas expresiones repugnantes que así ofenden á la religion, como á la moral y á la decencia, prestarán sin duda alguna un notable servicio á su país y á las costumbres (N. del T.).

(2) Esto no es aplicable á los idiomas que no provienen de un español corrompido, sino que son verdaderas lenguas ó dialectos, como el vascongado, el catalan, el valenciano, etc.

nuestra inteligente dirección, hayan sido plantados ó ingeridos en las cercas del lugar, serán para vos como amigos á quienes no podréis ver con indiferencia: todos vuestros pascos estarán llenos de encanto. Un célebre naturalista, Jussieu, importó del Perú á Europa una flor poco brillante pero de un olor de infinita suavidad, conocida bajo el nombre de heliotropo. Se dice que cuantas veces, paseando por las calles de París, apercibía esta flor en algun balcon, experimentaba un estremecimiento de alegría. Tales serán las dulces emociones que experimentaréis, Anatolio, viendo al rededor de las casas del pueblo un risueño circuito, donde todo lo que encante con su verdor, todo cuanto florezca sea debido á vuestros cuidados, á vuestros ejemplos, á vuestros conceptos.

Así tambien os impondréis el deber de propagar los escrupulosos hábitos de respeto á la propiedad que en la Escuela normal habeis aprendido á practicar y á apetecer.

Los niños de ambos sexos, en un gran número de pueblos, andan durante el estío sin calzado; sus pies no conocen las medias; y aun me atrevo á añadir que, para ellos, seria el gastar moquero mucho lujo. ¿Qué se necesitaría sin embargo para darles todo esto? Sembrar algunas centiáreas mas de cáñamo. Cosa que los mas pobres pueden hacer, cosa que harán si el maestro, observando una sabia reserva y empleando alguna habilidad en la eleccion de medios, se muestra algo exigente para la desaparicion de semejante abuso.

No es esto todo: ¡cuántas observaciones no podréis dirigir á los jefes de familia! La falta de aseo produce la insalubridad, y reciprocamente. Las casas de las aldeas se han construido, casi en todas partes, en la posicion menos aireada y eso por si solo ofrece ya un inconveniente. Mas ¿por qué han de añadir á este tantos otros? Por qué permiten ó colocan delante de sus puertas y bajo sus ventanas esos montones de estiércol que se descompone, esas balsas infectas, esas inmundicias que se abandonan á la putre-